

Capitalismo real y lucha social concreta

*Andrés Piqueras*¹

En el antagonismo histórico entre Capital y Trabajo, los procesos de agudización, o bien de relajación del enfrentamiento y las posibilidades de transformación social a favor del Trabajo, pueden entenderse mejor prestando atención a: 1] la composición técnica de este último en relación con la composición orgánica del capital; 2] la relación entre composición técnica del Trabajo y su composición política; 3] la relación entre composición técnica y política del Trabajo y la forma de consumo productivo y de gestión del mismo por parte del Capital.

La composición técnica del Trabajo responde a la diferente cualificación que éste acopia en cada fase de desarrollo de las fuerzas productivas; está estrechamente relacionada con la propia organización de su consumo productivo (es decir, cómo se organizan y llevan a cabo los procesos productivos). La forma de gestión de ese especial “consumo” depende de la mayor o menor dimensión del *espacio social* construido en la relación Capital-Trabajo, es decir, puede tender hacia una mayor o menor plusvalía absoluta y/o relativa, o combinaciones de ambas. Ha de tenerse en cuenta que *lo social* (el espacio de posibilidad “democrática”) se manifiesta ante todo en la esfera de la circulación (donde la “libertad” de competencia requiere de la apertura de la capacidad de decisión-elección de los consumidores), no así en la de la producción (donde la “democracia” está

¹ Doctor en Sociología. Profesor titular de la Universidad Jaume I de Castellón (España) y miembro del Observatorio Internacional de la Crisis. Su línea de investigación: *Mundialización, nuevas identidades y sujetos colectivos*, con numerosas publicaciones sobre identidad y sobre la construcción de sujetos en las sociedades tardo-capitalistas, con trabajo de campo en Europa, América Latina y África.

prácticamente negada en un sistema que, como el capitalista, se basa en la explotación del ser humano por el ser humano). En la esfera de la producción Capital y Trabajo pelean sobre todo por una mayor o menor apropiación de la plusvalía, aunque esto está ligado también a la conquista de ciertos ámbitos de decisión por parte del Trabajo. Por eso, la conquista de espacios democráticos en la esfera de la producción pone en peligro todo el entramado de la dominación capitalista.

La composición política del Trabajo se refiere a su nivel de *conciencia posible*² y a las expresiones organizativas y formas de intervención social que desarrolla en cada momento para llevar a cabo la consecución de sus intereses de clase.

Si bien la composición política del Trabajo está referida a su composición técnica y, en conjunto, al desarrollo de las fuerzas productivas, ésta no es una vinculación unidireccional, sino que se retroalimenta explicativamente con estos factores. Una y otra se interrelacionan, además, con las formas de consumo productivo y gestión de la fuerza de trabajo por parte del Capital, es decir, las formas de explotación y dominación que ejerce el mismo (vinculaciones que he explicado en Piqueras, 2014).

Intentaré desarrollar escuetamente estas articulaciones a través de un breve repaso de la evolución de la relación Trabajo/Capital.

1. Esquema de la secuencia del antagonismo Trabajo / Capital

1.1. Primera industrialización

La vida de los seres humanos en el capitalismo histórico ha sido, en alguna manera, una permanente lucha por dejar de ser Trabajo, es decir, por dejar de ser una especial mercancía llamada “fuerza de trabajo”.

Salirse de la relación del valor capitalista quiere decir aspirar a la autovaloración como personas. Dado que el capital ha extraído el valor de nuestra vida (o ha hecho que toda nuestra vida esté dedicada a generar *valor* para el capital), nuestra vida va quedando sin valor humano, sin valor social. Por ello, para conseguir la autovaloración, estamos obligados a adueñarnos de la propia vida, saliéndonos de la *ley del valor* del capital.

Esto pasa básicamente por la reapropiación de los medios de vida (*medios de producción*) y la reapropiación del propio tiempo de vida³.

² La *conciencia posible* hace referencia al máximo de realidad que se puede conocer contando con los factores estructurales limitantes de un grupo o sociedad, sin que pierda su identidad y permanencia. Cada sociedad, cada estructura social, permite un grado de conciencia de la realidad a sus elementos antes de transformarse a sí misma por la acción de éstos y de su propio autodinamismo (Goldmann, 1962).

³ Al asalariarnos nuestro tiempo de vida ya no nos pertenece por completo, pues una parte muy importante del mismo la hemos vendido a cambio del salario, por lo que durante ese

Aquí ha radicado el meollo de las luchas durante la larga transición del feudalismo al capitalismo. Las luchas por la conservación o bien reapropiación de los medios de vida (tierras, medios de producción, bosques, aguas... es decir por la democratización del acceso a los recursos naturales) y, en consecuencia, como colofón indisociable de ellas, la lucha por dejar de ser *mercancía*, esto es, *fuerza de trabajo* (obligados a asalariarnos y trabajar para otros) ⁴.

La lucha por los Comunes (medios de vida) y por reconstruir formas de relación comunitarias (vínculos primarios) fue el gran eje vertebrador de las *luchas de clase* ⁵ en esa larga transición al capitalismo.

Con el tiempo, la pérdida de vínculos primarios fue siendo paliada por la ardua construcción de vínculos secundarios o políticos (agrupaciones laborales, cooperativas, sindicatos...). La reapropiación democrática de los Bienes Comunes comenzó a incorporar también los Recursos Sociales que se iban construyendo entre todas a lo largo del tiempo, según se fueron desarrollando las fuerzas productivas: Salud, Educación, Conocimiento, Protección mutua, Afecto, Alimentos, Cuidados... Es decir, que de lo que se ha tratado hasta hoy, en definitiva, es de la pugna por el logro de la *Seguridad colectiva*, la que nos proporcionan todos esos factores.

Las derrotas de las luchas por los Comunes propiciaron la conversión por doquier de la población en *multitud* o muchedumbre. Eso significaría que las protestas y resistencias poblacionales se tornaron predominantemente desestructuradas, desorganizadas, dadas bajo la forma de *masa* o *muchedumbre*, con escasa proyección de alternatividad social, aunque con una contundente dinámica de enfrentamiento. Se trataba en el fondo, como nos trazara Thompson (1979), de un conflicto, a veces larvado, a veces explosivo, entre la economía moral de la multitud y la nueva economía política basada en la *ley del valor* (también al respecto, Domènech, 2014: 218).

Al principio de manera lenta y luego abruptamente, esa población fue convertida en Trabajo desposeído (proletarizado). La forma en que el ca-

tiempo tenemos que hacer lo que el que nos lo ha comprado disponga para nosotros (dado que dispone de nosotros: quien compra nuestro tiempo nos compra).

⁴El proceso secular de violencia ejercida por el capital en la desposesión de los seres humanos (mediante la expulsión de sus tierras, la acaparación de recursos naturales y colectivos, la expropiación de medios de vida...), les convierte en *proletarios* (o individuos sin medios de subsistencia), que para sobrevivir no tienen más remedio que convertirse en asalariados, es decir, deben trabajar para otros a cambio de un salario. Gracias a aquella violencia histórica, nacer en un barrio obrero o nacer sin medios de producción sin más, no se considera hoy *violencia*, sino un proceso natural, que hace que donde se ha implantado avanzadamente el sistema capitalista éste pueda funcionar sin aparente recurso a la violencia.

⁵El hecho de que unos seres humanos se apropiaran de parte o de la totalidad del hacer y de lo hecho por otros (quienes son expropiados de su hacer y de lo hecho, ya sea mediante la fuerza explícita y directa, la servidumbre aceptada o mediante un salario, o mediante el impago del trabajo, por ejemplo), se define como *relación de clase*. La "lucha de clases" es una metáfora de las *luchas de clase* que seres humanos concretos realizan con más o menos conciencia explícita, para perpetuar, trascender o buscar una mejor posición dentro de esa relación.

pital le consumió productivamente y el despotismo de su gestión se combinaron con las persistentes luchas de esa población proletarizada para hacerla madurar en un sujeto nuevo: el *sujeto obrero*.

Ese sujeto daría vida al movimiento obrero en la fase en que las relaciones sociales de producción capitalistas se fueron haciendo hegemónicas en unas y otras sociedades europeas a través del acelerado desarrollo del capital productivo-industrial.

Sin embargo, tal movimiento tardaría en hacerse hegemónico en las luchas del Trabajo. De hecho, el prototipo fabril y minero de la primera revolución industrial está lejos de ser el único exponente de asalarización, dándose ésta también en la agricultura comercial, la industria doméstica, los oficios urbanos, la economía de servicios de la infraestructura urbana o los propios oficios eventualizados, entre otros. La fuerza de trabajo femenina también fue empleada en todos los sectores profesionales, si bien preferentemente su dedicación laboral estuvo concentrada en el sector primario.

Esta identidad de clase será el referente, en adelante, para más amplios sectores del Trabajo, que como *sujeto activo* de lucha no estaba integrado todavía precisamente por obreros de la gran industria en su mayoría, sino artesanos y trabajadores con oficio, e incluso pequeños comerciantes y propietarios. También campesinos, no sólo jornaleros sino aparceros y pequeños propietarios (ver sobre ello, por ejemplo, Rudé, 1971). Este sujeto incluía a menudo también a las mujeres trabajadoras de los diferentes sectores laborales.

Es decir, que en esos momentos el proletariado convertido en salariado industrial todavía no es mayoritario.

Las acciones y agentes sociales se dan, sobre todo, en forma de *masa* o *multitud*, en combinaciones de agentes y sujetos de diferentes extracciones sociales y de dispares formas de consumo productivo de la fuerza de trabajo, expresadas a menudo también, según se diría después, como *pueblo*.

Una gran masa de población que poco a poco coincidía en su condición de *desposeída* o proletaria, para la que el capital no había generado todavía mecanismos de integración, y que se constituía como un bloque amorfo, la "segunda nación" dentro de cada formación estatal ⁶.

⁶Cuando el Trabajo comienza a alzarse contra la burguesía, ésta tendrá desde el principio muy clara la división de la sociedad en "dos naciones": la nación de los poseedores y la del proletariado, identificado como "masa" de "parias", "chusma", "escoria", canalla, es decir, gente desposeída que para sobrevivir tiene que trabajar para otros (sin conseguirlo siempre). Por eso para esa "nación de segunda" era vitalmente imprescindible constituirse como un contrapoder frente a la burguesía. En adelante la *solidaridad* entre el Trabajo sustituiría a la pretendida *fraternidad* entre desiguales, si bien la ilusión de los socialistas fue siempre conseguir una sociedad en la que esa fraternidad fuera *realmente* posible al ser una sociedad de iguales. Una sociedad también en la que la realidad de la libertad dejara de confundirse con la idealización que de ella hacía el liberalismo al proclamarla como referente abstracto, cuando de facto se daba su contrario: la dependencia.

Consecuente con ello, el amplio proletariado proto-industrial y también de la primera industrialización, heterogéneo y poco cohesionado, se inclinó por la salida insurreccional o bien por la ruptura con el orden capitalista, persiguiendo el ideal del establecimiento de un mundo alternativo, a través de comunas, falansterios o cualquier otro tipo de colectividades en las que se pudiera expresar el *comunismo* a escala interna, como islas dentro de la sociedad capitalista.

Algunas de las plasmaciones políticas que habían ido generando las primeras expresiones de esa conciencia alternativa de aquel proletariado, el “socialismo utópico”, el prohudsonismo, el primer anarquismo, el reformismo (cartismo en Inglaterra, o socorros mutuos en Francia), coincidían más o menos en ciertos puntos: la emancipación del trabajo, la asociación, el mutualismo y la cooperación; la crítica racionalista y humanista a la sociedad burguesa; la reordenación de la sociedad sobre otras bases a través del ejemplo (Eley, 2003). Muchas de ellas exhibían una prevención frente a la política y, a menudo, el repliegue hacia los pequeños enclaves. Compartían también una democracia radical de base y la lucha por los Comunes que, permanentemente actualizados, adquirirían nuevos elementos de concreción ⁷.

1.2. Segunda Revolución Industrial

Con la Segunda Industrialización, sin embargo, el proletariado moderno más y más representado por el obrero industrial, se decantaría por las organizaciones políticas de masas, capaces de introducirse e interferir en la dinámica social y política del Capital a partir de las propias normas e institucionalidad de éste.

La lucha por la democracia se hizo lucha por el socialismo, y viceversa, el socialismo fue la condición de la plena democracia, en cuanto que democracia social o plebeya. De ahí el nombre de social-democracia. Ésta tendría a la República Social como base de su ideario. Todo lo cual dotaría de entidad, identidad, comunidad, proyecto e ideal a aquellas masas amorfizadas, *multitudes*, en que el capitalismo victorioso había convertido a los comuneros y sus luchas.

⁷ Es en el primer tercio del siglo XIX cuando se incorpora el término de *comunismo* (lucha por los Comunes y por la comunitarización de los bienes y recursos de la sociedad), no sólo como ideario y objetivo de un orden social que plasmaría esos anhelos, sino como movimiento permanente de la Humanidad por su consecución. En ese momento era prácticamente indistinguible de otra denominación: el *socialismo*. Esta última se había incorporado para enfrentar las nuevas formas de poder político y económico pero también ideológico, al señalar que el paso básico y fundamental para hacer efectivas la *igualdad* y la *libertad* que predicaba el liberalismo capitalista radicaba en la socialización de las fuentes de riqueza, es decir, de los medios de producción. A partir de esta premisa podía empezar a construirse la democracia económica, única vía para conseguir la igualdad social de facto (más allá de la mera declaración formal de igualdad) y la independencia o “libertad” (sustentada en que ningún ser humano tenga que trabajar para otro). Una y otra condición se concebían inseparables.

Las formas descentralizadas y, relativa o totalmente espontáneas, serían sustituidas poco a poco por otras cada vez más planificadas y centralizadas. La forma de organización política por excelencia sería el partido. La forma de organización social el sindicato, como “instrumento” de aquél. Entre uno y otro levantarían todo un mundo de organizaciones sociales y culturales, participativas, democráticas, como lo era todavía en gran medida el propio partido.

Sin embargo, la brutalización de las condiciones laborales y de vida de buena parte de la población trabajadora, los elevados niveles de analfabetismo y de doble alienación entre ella (la proveniente del antiguo orden combinada con la nueva alienación emanada de los procesos de producción capitalistas), el sometimiento colectivo como *masa*, entre otras condiciones enormemente adversas, explican la composición política de estilo vanguardista y al vanguardismo (del partido y dentro de él, del comité central o “aparato intelectual”) como componente recurrente de la intervención política del proletariado de la Segunda Revolución Industrial.

Pronto, además, la racionalización de la producción, el autoproclamado “capitalismo científico”, iría destinado a acabar con el saber obrero (con el oficio) y, por tanto, con el control de los tiempos de producción. El consumo productivo de la fuerza de trabajo no concede valía a sus aptitudes o cualificaciones; a más y más categorías de trabajadores les cuesta que estas queden reconocidas en el salario. Hay, por tanto, una depreciación de la fuerza de trabajo (el “autómata” u *obrero-masa* va sustituyendo al trabajador de oficio), que tendrá sus consecuencias en la forma política de la misma.

Con todo ello la composición política del Trabajo tenderá a la organización de masas, tanto en su vertiente sindical como en la de partido.

1.3. El Trabajo integrado: el capitalismo “social”

La primera Gran Crisis comenzó en los años 70 del siglo XIX y, tras un breve repunte ascendente de mediados de los años 90 del siglo XIX hasta mediados de los años 10 del XX, convulsionó el planeta entero: dos Guerras Mundiales, un derrumbe económico generalizado en las formaciones sociales capitalistas, el mayor crack bursátil conocido por el capitalismo hasta hoy, y también la mayor ruptura habida con el mundo capitalista, la Revolución Soviética ⁸.

Tras ella, el capitalismo emprendería un ciclo virtuoso de acumulación en sus formaciones centrales a costa de violentar su propia *razón de ser*, mediante la trasmutación del Estado en una entidad crecientemente interviniente en la economía y la metamorfosis por tanto de ésta en una

⁸ La “desconexión” soviética marcaría una nueva dinámica de luchas de clase y de reparto del valor a escala mundial, permitiendo el “capitalismo social” en las formaciones centrales, una *mutación* capitalista que empotraría la economía a la política y le permitiría sobrevivir por más tiempo, como se dice en el texto. He desarrollado estos puntos en (Piqueras, 2014a).

“economía mixta”, funcionando a cuenta de un creciente sector social que desmercantilizaba condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo, las cuales quedaban convertidas en “servicios sociales”. Igualmente se desmercantilizaba parcialmente la propia fuerza de trabajo a través de sucesivos derechos socioeconómicos.

Es decir, el capitalismo renunció a parte de sí mismo, para pasar a estar cada vez más asistido por el Estado a través del Departamento III o de servicios sociales, encargado de absorber la plusvalía que los otros dos (el de producción de bienes de equipo y el de producción de bienes de consumo), no podían reinvertir de cara a la acumulación. Esto lo transformó en un *capitalismo social*, es decir un *híbrido*, que es el que subsistió de forma dominante hasta los años 70-80 del siglo XX en los núcleos centrales de acumulación del Sistema y cuyo “código reformista” permitió la supervivencia del mismo ⁹.

Con esa Gran Mutación en las formaciones centrales del capitalismo mundial, el Trabajo sería integrado al nuevo modelo de crecimiento de Postguerra. Sus pugnas por la igualdad y la libertad serán en adelante relegadas en favor de la *seguridad* que se alcanzaba con el nuevo Estado Social, una seguridad que cubría las necesidades básicas y el conjunto de procesos de reproducción de la fuerza de trabajo de forma colectiva, como *seguridad social*.

Los bienes de uso consumibles serán producidos también en masa para establecer nuevas formas de consumo de masas, estereotipadas. El trabajado-consumidor. Paralelo a la forma masiva y alienante de consumir productivamente al Trabajo: el fordismo-tylorismo.

En adelante, en los centros del Sistema el movimiento obrero va a ser en alta medida encauzado mediante sus organizaciones de representación política y laboral dentro del marco de las relaciones sociales de producción capitalistas, en una forma de regulación corporatista u organización de intereses a escala estatal a partir de grandes organizaciones que representan coaliciones de fuerza, suprasectoriales, de actores cohesionados en torno a incentivos y elementos ideológicos expresos, que tratan de articularse en programas de actuación económica y sociopolítica convergentes (Alonso, 1999). En lo sucesivo, las *relaciones laborales* pasan a ser una cuestión de Estado y no ya privada. Lo que significa también que el movimiento obrero incidirá en la estructura política en gran medida como un grupo de interés organizado, en dinámicas de negociación y de conciliación de intereses contrapuestos. Se sitúa, de esta forma, en el ámbito general del macrocorporatismo, propio de las formaciones sociales centrales europeas de esta fase.

⁹ Fueron factores indispensables para provocar esa mutación tanto el enemigo sistémico soviético, como la “renta imperialista”, por la que las poblaciones de las formaciones centrales se beneficiaban en diferente proporción de la apropiación del plus trabajo mundial por parte de sus burguesías.

La gran mayoría del Trabajo, incluso muchos de sus sectores más politizados, asumirá una vocación gradualista, basada en el logro táctico de mejores condiciones en los distintos órdenes (laboral, político, de la ciudadanía, del consumo...), que se aceptan como separados, sin proponerse ya una ofensiva integral, altersistémica. Lo cual se corresponde con el ascenso del protagonismo de la *micropolítica* (la que está predominantemente centrada en la opción electoral o institucional dentro del orden capitalista) como estrategia degradada o renuncia a la propia estrategia por parte del Trabajo.

La vieja lucha por los Comunes quedaría en adelante subsumida en el Estado Social, en virtud del conjunto de servicios y medidas de *seguridad social*, colectiva, que formaban parte consustancial del mismo. Lo “público”, lo “común”, pasó a concebirse sobre todo como estatal. De ahí que buena parte de la lucha popular en torno a los Comunes terminara “delegando” en el Estado su consecución. Con ello se sacrificó también la *democracia* como elemento co-implicado con la ausencia de explotación y desigualdad (dimensión *integral* de la democracia), por una democracia delegativa, fundamentalmente circunscrita al ámbito de la circulación o reproducción: la esfera del consumo (recordemos que un sistema basado en la explotación del ser humano por el ser humano, como es el capitalista, no puede proporcionar democracia en la esfera de la producción). En esta última se ubica también el mercado electoral.

Esto ligó, asimismo, la suerte de las principales expresiones organizativas del Trabajo al propio devenir del capital, condicionando tanto la política institucional como sindical ¹⁰. Por eso mismo, la socialdemocracia tuvo muy pronto que mantenerse atenta para contrarrestar la inestabilidad sistémica, proviniese de donde proviniera.

Efectivamente, la observancia del interés global capitalista va incorporándose para las organizaciones de clase “keynesianas” como un proceso de disciplinamiento de larga duración, dado que el espacio de posibilidad política va a depender decisivamente de impuestos y gastos sociales (especialmente de las prestaciones sociales). Todo lo cual está condicionado, a su vez, a la dinámica de acumulación capitalista. En las fases crecientes aumentan los ingresos del Estado y tendencialmente se da una mayor propensión a la distribución social (ocurriendo todo lo contrario en las fases decrecientes). Si se rompe con ese círculo de crecimiento del capital, mayor riqueza social y mayor distribución de la misma, la vertiente socialdemócrata no podrá alcanzar legitimidad a través de la mejora de las condiciones de vida de la población *dentro* del orden capitalista, y por tanto habrá condenado sus propias posibilidades de crecimiento y existencia.

¹⁰ Se desconsideraban así, además, los factores que hacían posible el propio crecimiento y sus víctimas: las de la división internacional y sexual del trabajo (divisiones conectadas entre sí –Mies, 1986–), las del militarismo-armamentismo y la expansión depredadora del Sistema (“crecientismo”), entre otras formas de manifestarse a escala planetaria la dominación capitalista.

Pero de lo contrario, lo que está tirando por la borda la socialdemocracia es su compromiso con la superación del capitalismo, que queda reducido al ámbito declarativo, en el mejor de los casos ¹¹.

Por eso, en adelante la socialdemocracia se constituye como izquierda *del* Sistema. No ya como germen altersistémico dentro del mismo.

2. El neoliberalismo financiarizado o capitalismo monopolista global. La dilución de los Grandes Sujetos

El capitalismo parecía haber encontrado la piedra filosofal del crecimiento sin crisis. Un ciclo virtuoso de producción-consumo-producción... aparentemente sin fin ¹². Pero su enfermedad crónica se encontraba latente en todo el ciclo. Si ya en los últimos años sesenta empezaron a darse manifestaciones evidentes de ella, que fueron de la mano del mayor ciclo de movilizaciones sociales de la postguerra, a partir de los primeros años setenta del siglo XX se instaló de forma inocultable.

Ante la pérdida de eficacia de los mecanismos anticíclicos keynesianos se empezaron a dar las condiciones propicias para abrir el camino a iniciativas de represión de la demanda y regresión fiscal, combinadas con políticas recesivas y de control del déficit y de la inflación, así como de fomento de la financiación privada. Serían las que presidirían, en adelante por doquier, las estrategias de gobierno de un capitalismo que iniciaba su dimensión transnacional.

Empezaba así una nueva intervención masiva del Estado en favor de una acumulación capitalista que (de nuevo) no mostraba fuelle por sí misma. Pero ahora esa intervención se realizaba, con todo tipo de medidas, del lado de la oferta.

Además, al atacarse el proceso en el circuito primario de acumulación (donde se produce plusvalor según una dinámica de reproducción am-

pliada y donde los ciclos de valoración están en función de la producción y circulación de mercancías), pronto se tendería a priorizar o acentuar, entre otros, cuatro tipos de desplazamientos del capital ¹³: 1) el *desplazamiento técnico-organizativo* (hacia nuevas líneas de producción, uso de nuevas tecnologías, etc.) y el desplazamiento entre ramas o incluso sectores de actividad, que están permanentemente presentes en las dinámicas de acumulación y competencia capitalistas; 2) el *desplazamiento espacial* hacia lugares donde la composición técnica del capital es menor y, por tanto, el peligro de sobreacumulación no es inminente. Hacia territorios “periféricos” dentro de cada Estado y hacia las periferias del Sistema, allá donde existan más posibilidades de rentabilizar inversiones, en un movimiento hacia las localizaciones con mejores condiciones para la rentabilidad de la inversión (cercanía de materias primas, exacciones o ventajas fiscales, una fuerza de trabajo con menor poder social de negociación y más barata, etc.). Aquel capital se exporta bien en forma de inversión directa (repatriándose casi todas las ganancias), bien en forma de préstamos que aseguran el cobro de intereses a futuro (así como de intereses de intereses, etc.); 3) el *desplazamiento temporal* del capital excedente, consiste en que los flujos de capital se alejen del terreno de la producción y el consumo inmediatos (circuito primario de la economía), para invertir en infraestructura productiva a ser rentabilizada en un futuro más o menos lejano (circuito secundario de la economía: instalaciones, capacidad de generación de nueva energía, nuevas vías para el traslado de mercancías y fuerza de trabajo, etc.), o bien en gasto social que favorezca la investigación y el desarrollo y, en general, la cualificación de la fuerza de trabajo en el porvenir (circuito terciario de la economía) ¹⁴; 4) el *desplazamiento financiero*, el cual implica una especie de trasmutación de los medios de acumulación de capital por la que el proceso de valorización mediante la producción de valores de cambio y la consiguiente reproducción ampliada del capital (D-M-D’), es subordinada a la vía monetaria de realización de la ganancia (D-D’), desatando el movimiento más ficticio e irreal de la acumulación capitalista, el espejismo de que el dinero “produce” dinero por sí mismo, sin la mediación del trabajo. El capital financiero especula al alza con la realización de beneficios futuros (hipotecando el presente a costa del futuro).

Esta será no sólo una forma de “huir” de los conflictos laborales y de buscar mantener la ilusión de la acumulación cuando cede la masa

¹¹ El Estado Social (la *opción reformista*) ha sido, pues, el mayor logro de la socialdemocracia y a la vez la trampa en la que permaneció prisionera hasta ser engullida por el capital.

¹² Obviamente este ciclo estuvo indisolublemente ligado a una división internacional del trabajo comandada por las formaciones centrales del Sistema Mundial capitalista, las cuales emprendieron un neocolonialismo amparado en la suerte de “supraimperialismo” que ejercía EE. UU., de cara al acaparamiento y explotación de los recursos planetarios, la obtención de valor a escala global y, en definitiva, la concentración y centralización del capital. Lo que quiere decir que sus correlatos infaltables a escala mundial fueron el derroche de recursos y energía (“crecientismo”) y el militarismo (la sobredimensión de la industria y el aparato militar de buena parte de los Estados, con la excepción entre los centrales de Alemania y Japón que, al medrar bajo el paraguas militar norteamericano, se vieron libres de esos gastos improductivos, viendo favorecida su rentabilidad económica). A escala interna de cada formación social, el ciclo expansivo se sostuvo siempre en la división sexual del trabajo y en la exogenización (o exclusión de los derechos laborales y/o sociales) de determinados sectores de población (mujeres, inmigrantes, ciertas poblaciones marginales...).

¹³ Estos desplazamientos que acompañan al conjunto de procesos aquí descritos son sólo una parte de los que se pusieron en obra para contrarrestar la caída de la tasa de ganancia, tanto en el ámbito de la valoración como en el de la realización (ver para mayor detalle y bibliografía sobre los mismos Piqueras, 2014). Aludo aquí a estos desplazamientos por su importancia en la configuración del nuevo capitalismo que surgirá en adelante.

¹⁴ Sin embargo, en la actualidad ese desplazamiento temporal está siendo integrado en un tipo de desplazamiento espacio-temporal, en el que la inversión se dirige a ámbitos del circuito secundario que no representan una fuente de inversión productiva a futuro, sino especulativa, como verbigracia, los mercados del suelo, vivienda e hipotecario.

de ganancia, sino que, cuando aquélla se extiende e intensifica, se erige también, como veremos, en una forma de *biopoder* (Lucarelli, 2009), capaz de regular el conjunto de la vida social. Ha contribuido, asimismo, con los procesos de colonización interna de la fuerza de trabajo ampliamente descritos por la bibliografía sociológica (Bilbao, 2000; Castel, 1997).

La financiarización apuntala y refuerza, además, los otros desplazamientos, como veremos enseguida. No es que actúe como dinámica capitalista al margen del valor (en la producción), sino que, precisamente como la generación de valor expresado en sostenimiento de la tasa de ganancia va obstaculizándose debido al proceso de sobreacumulación de capital, más y más capital es destinado a la vertiente especulativa de la esfera financiera (que pierde su “normal” labor de engrasar la dinámica productiva de acumulación).

Es a ese proceso al que se ha señalado como financiación de la economía; la cual buscará satisfacer varios objetivos vitales: constituirse en vía de valorización del capital excedente ocioso; constituirse en forma de gestión de la fuerza de trabajo; y erigirse en *gobernanza* social.

Veamos algunos detalles de cómo todas estas dinámicas y objetivos se han ido entrelazando.

La derivación de la inversión capitalista hacia el circuito secundario de acumulación, ha hecho que éste se haya convertido en una potente fuente de atracción de una parte importante de los flujos financieros globales en busca de rentabilidad. Ello ha requerido también de una enorme intervención política en todas las escalas de gobierno, desde las supraestatales a las administraciones locales (lo que habla de la sustancial modificación de las modalidades de intervención pública que ha tenido lugar con el neoliberalismo financiarizado, antes que de la extinción de las mismas). La intervención del Estado ha venido siendo dirigida crecientemente hacia “la regulación y estímulo de ámbitos antes considerados periféricos, como pueden ser los mercados del suelo, vivienda e hipotecario, así como la gestión de dinámicas territoriales y ambientales que ahora tienen una dimensión crucial en la reproducción del capital” (López y Rodríguez, 2010: 216). Se trata de convertir los bienes y servicios (como pensiones y viviendas, por ejemplo), así como el capital instalado y, en suma, el conjunto del territorio, en bienes de inversión; identificados como “activos” que, presumiblemente, están sujetos a una valorización permanente o, dicho en otras palabras, a la quimérica suposición de que siempre en el futuro valdrán más.

Estas formas de acumulación llevan consigo, por un lado, una dinámica de *espacio construido*, es decir, de edificación de inmuebles de todo tipo, edificios, autovías, vías férreas de alta velocidad, etc., que hacen que el nuevo modelo de crecimiento capitalista, que se presumía y predicaba “inmaterial”, sea en realidad altamente energívoro y destructor ambiental.

Por otra parte, se priorizan formas de crecimiento económico que no dependen del aumento de la capacidad productiva de la hora de trabajo.

Un crecimiento sin acumulación que tiene, entre otras, una consecuencia especialmente importante para la gestión de la fuerza de trabajo, y es que el salario muestra una creciente arbitrariedad en su composición, que se desconecta más y más de la medida de trabajo realizado, estando cada vez menos relacionado con cantidades concretas de tiempo relativas a unidades discretas de producción, para pasar a vincularse a la relación dentro de la jerarquía empresarial, a la promoción personalizada (que implica la competencia horizontal entre otros posibles ocupantes de esa posición), en detrimento, pues, de cualquier opción identitaria laboral colectiva. Ni que decir en cuanto a que el salario aumenta también, así, su poder para disciplinar, y trasluce cada vez más lo que siempre se supuso que debía ser pero que nunca terminó de realizar debido a las resistencias del Trabajo: una medida arbitraria, un simple dispositivo de movilización y sujeción de la fuerza de trabajo (sobre esto último, Piqueras 2011; para el conjunto de lo expresado en estos puntos hay una excelente síntesis en López y Rodríguez, 2010).

El ataque frontal al pilar keynesiano de indexación de los salarios a la productividad, que fungió como pauta general en el núcleo duro del sistema capitalista mundial, puede realizarse así de forma más eficaz e impune.

Tal desvinculación del salario respecto de la productividad, la descomposición de la regulación laboral colectiva y la débil capacidad contractual del capitalismo financiarizado, han conducido a una creciente *individualización del salario*. De la lucha por el salario como variable independiente, propia de la radicalización de la protesta del Trabajo en la fase final keynesiana, pasamos así a la dilución en aumento de la contraparte obrera en el conflicto Capital/Trabajo.

Las rentas financieras subsecuentes a la revalorización creciente de los bienes de inversión (o “activos”) hacia los que se canalizó el ahorro, fueron, hasta la manifestación de la crisis en 2007, sustituto, para variadas capas de la población asalariada, de la aseguración colectiva. La *seguridad social*, que fue objetivo y resultado de las luchas seculares del Trabajo y que conformó el núcleo duro de la *mutación reformista* que permitió la sobrevivencia de la acumulación capitalista durante buena parte del siglo XX, iba siendo así sustituida por mecanismos de seguro individual (lo que se llamó “keynesianismo del precio de activos”). Todo ello iría indisociablemente unido a la entelequia del *individualismo propietario* como *convención financiera* dominante ¹⁵.

¹⁵ Esta *convención* estaba basada, a su vez, en dos abstracciones: el mercado como lugar de decisión neutral y objetiva, y el individuo como agente económico que toma sus decisiones aisladamente, de forma racional, en pos de la maximización de su beneficio y que tiene la oportunidad de enriquecerse si se lo merece. Efectivamente, en los mercados financieros, según se predica, todo el mundo concurre libremente, y son sólo sus habilidades y aciertos los que determinan su éxito (pues se reputan de ser los mercados “más libres”). Han sido, por tanto, la máxima expresión hasta hoy de la conjunción de esas dos abstracciones, que han

De la mano de estos procesos ha tenido lugar una profunda modificación de los modos de pertenencia y acceso a los derechos respecto de los de la sociedad industrial clásica, en la que el trabajo era el principal medio de afiliación social y en la que existía un consenso respecto al reconocimiento de la valía de la actividad laboral (e incluso en alguna medida, de su dignidad), que se constituía en la principal fuente de riqueza social y de posibilidades de vida de la absoluta mayor parte de la población¹⁶.

El Estado Social se constituyó en torno a la protección de esa relación laboral y a la procura de la integración disciplinada de la fuerza de trabajo implicada en ella. Por contra, la financiarización de las economías familiares, los ataques desde diferentes fuentes al salario y la dilución de la propia relación salarial¹⁷ consiguieron quebrar buena parte del entramado de la sociedad del trabajo.

Para crecientes capas de la población asalariada la prestación laboral fue sustituida o complementada de alguna manera por la propiedad en “activos” como fuente de renta. Por eso mismo creció la importancia del trabajo-empleo como medio destinado a la compra de activos, consiguiéndose de esta guisa un ingente trasvase de los salarios a todo tipo de instituciones y artilugios financieros. Lo cual refleja el cambio en las formas predominantes de obtención del beneficio financiero: de formas intensivas basadas en altos tipos de interés, se ha pasado a formas más extensivas sustentadas en una penetración creciente de las dinámicas financieras en

sostenido la entelequia de la sociedad de propietarios. Pero han conseguido también altas dosis de autocontrol y el proceso de adhesión de amplias capas de la fuerza de trabajo a la individualización de las relaciones laborales y de la seguridad (López y Rodríguez, 2010).

¹⁶ El régimen de acumulación fordista-tylorista se sustentaba en la ética del trabajo asalariado y en la doble ligazón desarrollo-crecimiento y bienestar-ocupación, así como en la democracia en la esfera del consumo-circulación de las mercancías. Mientras que el proceso de acumulación (esfera de la producción de las mercancías –sobre todo de carácter material-) se basaba en mecanismos disciplinarios directos destinados a la *subsunión real* del Trabajo (Fumagalli, 2010).

¹⁷ La composición orgánica del capital ha venido declinando alrededor del 15%, de 5.39 a 4.61 (Hosseini-Zadeh, 2015), especialmente desde los últimos años 80, debido a la más lenta tasa de recambio tecnológico (la tasa de innovación técnica pasó del 25% anual entre 1995 y 2000, al 6,5% en 2001 y a menos del 5% de 2002 en adelante –Kidron, 2002; mientras que la tasa de innovación en general lleva descendiendo desde la década de los años 50 del siglo XX), y puede que también por el incremento de las quiebras bancarias y sus consiguientes devaluaciones de capital. Sin embargo, la desaceleración en el ritmo de sustitución de trabajo humano por maquinaria, no ha logrado frenar la dilución de la relación salarial. La incapacidad de asalariar al conjunto de la fuerza de trabajo se hace más evidente en el capitalismo tardío degenerativo. Así, entre 1980 y 2007 la fuerza de trabajo mundial creció un 63%, de 1.900 millones a 3.100 millones de personas. Pues bien, si contamos de ella la población desempleada, la empleada o autoempleada de forma altamente vulnerable y la inactiva en edad laboral, sumaban unos 2.400 millones de personas, 70% más que la población ocupada regularmente (Bellamy Foster, McChesney y Jonna, 2011; en ese enorme ejército de reserva mundial no se cuenta la creciente población que está sometida a relación salarial de forma parcial o discontinua). Según un estudio de la OIT de 2008 (cuando todavía la crisis actual no había hecho nuevos estragos en los mercados laborales), ese año más de la mitad de la fuerza de trabajo mundial estaba desempleada.

el tejido social (Midnight Notes Collectives, 2009) y en operaciones financieras basadas en el apalancamiento masivo, erigiendo a éste como importante impulsor del crecimiento.

La financiarización puede verse también, según dijimos, como un conjunto de reglas sociales tendentes a homogeneizar los comportamientos de los individuos, como una forma de *biopoder* que facilita la subsunción de la circulación y reproducción social dentro del proceso de valorización (Lucarelli, 2009).

Efectivamente, con el auge del capitalismo monopolista financiarizado se desató la financiarización de la gestión y de la reproducción social, la dilución del salario y el “keynesianismo del precio de activos” (o individualismo posesivo), que cambiaron la seguridad colectiva por la procura (sin garantía) de la supervivencia a escala individual.

Todo lo cual no era ajeno a las *nuevas formas de gobernalidad* que se habían venido asentando.

Y es que el modelo neoliberal-financiero ha conllevado, como no podía ser de otra manera, drásticos cambios que han modificado profundamente las posibilidades y formas de organización y de incidencia políticas, especialmente en las formaciones centrales del capitalismo mundial.

En éstas, el declive de la gran fábrica y del modelo de regulación fordista, el ocaso del obrero-masa, la segmentación de las categorías profesionales y el deterioro de las profesiones propias del Estado Social, la arbitrariedad del salario y la multiplicidad de formas de distribución de la renta o la riqueza social por fuera del mismo, el empobrecimiento de más categorías de trabajadores e incluso el incremento y extensión de la explotación por fuera del propio empleo, han conducido también a la decadencia de las formas de organización, representación y participación política, tanto previas a, como propios de, la etapa keynesiana. A ello se sumaba un factor decisivo: la dilución del sujeto vertebrador de las luchas del Trabajo hasta esos momentos, el sujeto obrero, que eclosionaría en una gran diversidad de actores laborales, tantos como formas diferentes de gestión y consumo de la fuerza de trabajo, así como de explotación proliferan en la relación Capital-Trabajo. Este último quedará, en adelante, más y más dividido en “categorías” diferentes, que *difuminarán* a menudo la propia relación de explotación.

En consecuencia, la composición política del Trabajo se vería afectada drásticamente.

Así, las tradicionales entidades políticas propias del capitalismo industrial, algunas arrastradas desde el siglo XIX, perdían capacidad de incidencia y, por tanto, de reclutamiento y de representación. También disminuía la valoración social de su importancia y pertinencia.

Las expresiones organizativas y asociativas de la “nueva sociedad civil” neoliberal que las sucederían, resultarían de la fragmentación o dilución de los anteriores sujetos sociales, por lo que van a presentar mucha menor dimensión y escasa amplitud de sus propuestas e intervenciones, dado

que aquéllos también se habían transformado en *microsujetos* (Piqueras, 2003).

Con las nuevas formas de gestión social, de estructurar los procesos productivos y de controlar y gastar productivamente a la propia fuerza de trabajo (a menudo en procesos de ultra-explotación, combinando expresiones taylorista-fordistas, pretayloristas y post o neotayloristas, con formas “cognitivas” de extracción de la plusvalía, etc.), se alteran también las formas de subjetivación y de conciencia posible. Si los servicios necesarios para la vida se fueron realizando, cada vez más a través de medios financieros, y la *seguridad social* es sustituida por la gestión individual de la propia supervivencia, esto no puede dejar de influir en la conciencia social. Si el empleo va perdiendo a toda velocidad su centralidad en la vida de los individuos y el *salario* deja de ejercer una labor integradora (cada vez más población queda al margen del mismo y cuando la relación salarial todavía existe ya no garantiza a menudo el abandono de la condición de pobreza), forzosamente se verá afectada también la condición laboral, la identificación de la población como “trabajadora” y, en general, la propia conciencia social (que queda empotrada en el magma neoliberal, en los entresijos del *biopoder* y en las formas neoliberales-financieras de hacer sociedad).

En consecuencia, si el desarrollo del capitalismo industrial trajo emparejadas formas burocráticas de organización (asumidas también por el movimiento obrero), que con frecuencia terminaron por desembocar en estructuras relativamente jerarquizadas, con no demasiada transparencia y comunicación horizontal, los primeros pasos de lo que se ha apuntado como un “capitalismo cognitivo”, de corte informacional, fomentan por contra, formas organizativas *virtuales*, reticulares, que suplen la descomposición de las formas físicas de reunión y organización tradicionales.

Los agentes sociales se organizan cada vez más a través de “arcoiris”, rizomas, redes, webs... que conllevan altos grados de igualdad interna, transparencia y democracia horizontal. Formas de organización blandas, flexibles y, por eso mismo, difícilmente controlables, como tampoco hegemonizables ni cooptables. Aunque sí, en contrapartida, muy vulnerables a la manipulación, fácilmente desarticulables y más fácil aún de atascar su dinámica cuando no de empantañarla en un permanente bucle de autocentramiento. Han adolecido mayoritariamente hasta ahora, en definitiva, de relativa escasa operatividad a escala estructural, poca constancia y más escasa aún definición de proyecto social propio.

3. Impasse actual: entre el “capitalismo cognitivo” y el capitalismo degenerativo

El “capitalismo cognitivo” ha querido plantearse como vía de escape del capital monopólico-financiero.

La reciente e intensa teorización sobre el mismo (que va más allá de la que tenía como referencia la “sociedad informacional”) alude a que en el núcleo duro de las formaciones centrales crece, en el conjunto de la economía, la parte correspondiente a lo que se ha llamado *capital inmaterial* (I+D+i, software, educación, aprendizaje, redes, relaciones, salud... especiales “mercancías” que no se gastan con su uso, sino que se multiplican). A diferencia del *capital material* o capital fijo tradicional, que se integra como maquinaria, el capital inmaterial se incorpora al Trabajo, con lo cual, los seres humanos pasan a compartir la condición de fuerza de trabajo y a la vez la de medios de producción (dicho de otra manera, bajo esta perspectiva el capital variable y el fijo tenderían a empotrarse). Esto quiere decir que, entre bastantes otras implicaciones, aumenta la importancia económica de la formación colectiva, de la condición intelectual del Trabajo (el *general intellect* o *intellect difuso* en la sociedad). Lo que a la vez se retroalimenta con la difusión del conocimiento. El intelecto humano social se hace más determinante para la productividad con el avance tecnológico (como ya anticipara Marx en los *Grundrisse*, 1972; lo que por otra parte nos advierte de que el capitalismo siempre fue “cognitivo” en proporción al desarrollo de las fuerzas productivas, como siempre fue “bio” en el sentido de su tendencia a la sujeción y apropiación de la vida de los sujetos). Así que hoy:

El nuevo capital constante, a diferencia del sistema de máquinas (físicas) típicas de la época fordista, está constituido, junto a las tecnologías de la comunicación y de la información (TIC), por un conjunto de sistemas organizativos inmateriales que extraen plusvalor siguiendo a los trabajadores en cada uno de los momentos de su vida, con la consecuencia que la jornada laboral, el tiempo de trabajo vivo, se alarga e intensifica. El aumento de la cantidad de trabajo vivo (...) refleja la transferencia de los medios de producción estratégica (el conocimiento, los saberes, la cooperación) hacia el cuerpo vivo de la fuerza de trabajo (Marazzi, 2009: 44).

El que se ha dado en llamar “capitalismo cognitivo” refleja también la tendencia del capital a desplazar la acumulación fuera de la producción (donde tiene atascado su normal funcionamiento), hacia la esfera de la circulación-reproducción, para intentar apropiarse de todo el conjunto de actividades humanas que hasta ese momento quedaban fuera del *valor* capitalista o, al menos, sólo indirectamente afectadas por el mismo; esto es, tiende a adueñarse de todo el ciclo de la vida de los seres humanos y poner el “general intellect” a su servicio. De esta forma se complementarían los desplazamientos espaciales y espacio-temporales con el desplazamiento entre esferas dentro del “mundo de la vida” y el solapamiento entre “lo productivo” y “lo reproductivo”, que se daban como separados en el capitalismo industrial-fordista. De ahí la importancia que puede albergar también para el capitalismo actual el desarrollo y reproducción colectivos de Bienes Comunes, tanto materiales como inmateriales, y la

puesta en acción de la población (tanto más en los ámbitos que han sido propios de la actividad e intervención predominante de las mujeres) para dar consecución a todo ello.

Asistimos, así, a un solapamiento entre el Ámbito Estricto de la Explotación (el del plusvalor a costa del trabajo abstracto) y el Ámbito Amplio de la Explotación (el del valor extraído del trabajo impagado que los seres humanos despliegan para la garantía y preservación de la vida común). Este viene empotrado, además, en el Ámbito de la Desposesión (resultado del aprovechamiento para la acumulación capitalista del conjunto de Bienes Comunes, tanto sociales-relacionales como, en definitiva, del conjunto de la ecosfera).

Se ha de tener en cuenta que la condición estructural del tiempo de trabajo socialmente necesario, es el socialmente necesario trabajo impagado (Moore, 2014: 9). El “trabajo social abstracto” tiene así su complemento en la “naturaleza social abstracta” (el conjunto de procesos a través de los cuales el Capital identifica, cuantifica, mide y codifica las naturalezas humanas y extra-humanas para ponerlas al servicio de su acumulación) (Moore, 2014: 12)¹⁸. Esto nos hace imprescindible la consideración, también, de los procesos ecológicos de *producción de valor*, añadiendo un *concepto biopolítico de lo común*, que hace aflorar a la conciencia el hecho de que los bienes para la vida son componentes de un ecosistema, al igual que los humanos y las interacciones sociales correspondientes. Se trata de un concepto ecológico cualitativo para la reproducción de la vida y que tiene también en cuenta el conjunto de energías de las que disponen los seres humanos y las energías que despliegan y consumen para la enorme variedad de actividades que realizan en la procura de su subsistencia (Lohmann, Larry, y Hildyard, Nicholas, 2014) y buen vivir. Es decir, que la recuperación del *valor* como seres humanos, fuera del valor de cambio capitalista (que nos había confinado a la condición de “fuerza de trabajo”) es parte sine qua non de la lucha por los Comunes, *porque nosotros mismos somos parte substancial de los Comunes*.

Es por ello que, a pesar de la aparente laxitud con que se opera la tendencia, el Capital tiene que hacer cada vez más forzadas, espurias e ilegítimas sus dinámicas de Desposesión. Así por ejemplo, para obtener beneficio de todas esas especiales “mercancías”¹⁹ hasta aquí indicadas, el Capital necesita, entre otras medidas, generar una *escasez artificial*, es

¹⁸ Esto Shapiro (2014) lo expresa como la división de la “fuerza de trabajo fija” (la contraparte del capital fijo), en “fuerza de trabajo fija absoluta” (todo el flujo de materia que el Trabajo necesita pero que el Capital no proporciona para asegurar la supervivencia: comida, vestido, refugio, atenciones y cuidados, educación...) y la “fuerza de trabajo fija relativa” (todo lo que da forma a la subjetividad del Trabajo). Estos puntos han sido sintetizados y analizados por Hartley (2015), como preparación a un trabajo más amplio sobre ello. Agradezco al autor la facilitación del borrador.

¹⁹ Recordemos que Polany (1989) señaló al trabajo, a la naturaleza y al dinero como mercancías ficticias, que en realidad se escapan al valor. Por nuestra parte, sólo advertir que el *trabajo* tiene para nosotros toda la dimensión amplia que aquí hemos venido apuntando.

decir, poner en marcha todo un conjunto de dispositivos tendentes a garantizar y alargar la propiedad de aquellas mercancías, así como obstaculizar su distribución (patentes, copyrights, activos financieros...), la cual impide su libre circulación entre la población, frenando la potencialidad multiplicadora de las mismas de cara al desarrollo de las fuerzas productivas. Esto se compadece con que en la actualidad se vuelve a alargar la vida media de la tecnología (ver aquí artículo de Dierckxsens publicado en este mismo número de PASOS), como consecuencia de la sobreacumulación de capital y consecuente caída de la masa de ganancia. Lo cual concuerda, a su vez, con el hecho de que estamos en el momento más bajo en innovación tecnológica desde la Primera Revolución Industrial, con rendimientos decrecientes en eficiencia²⁰.

Los recursos energéticos, materiales, intelectuales y financieros crecen exponencialmente conforme avanza el conocimiento y que, además, deben sostenerse durante periodos más dilatados de tiempo para obtener frutos. Por ejemplo, en 1897 Thompson descubrió el electrón en su laboratorio. Al principio del siglo XXI la investigación sobre el bosón de Higgs requiere de un túnel bajo tierra de 27 km, miles de imanes superconductores a menos de 2 K (es decir, cerca del cero absoluto) y el trabajo de unos/as 10.000 científicos/as (Fernández Durán y González, 2014: 172).

La regulación capitalista potencia, al mismo tiempo, las condiciones de privatización de la educación y del cuidado y formación en general de la fuerza de trabajo, que, a la postre, entorpecen el enriquecimiento de la misma desde el punto de vista de su cualificación y creación colectiva.

No hay que esforzarse mucho para darse cuenta de que estos procesos entran en contradicción con las propias posibilidades del “capitalismo cognitivo”, obstaculizándolo. También, por ello mismo, podemos decir que el proceso del *valor* capitalista dificulta cada vez más el avance social en la difusión libre del conocimiento, e incluso en la generalización de su producción. En ese contexto, el antagonismo entre Capital y Trabajo adquiere cada vez más el carácter de antagonismo entre las relaciones e instituciones de lo Común (que están en la base de una economía supuestamente apoyada de forma creciente sobre el conocimiento) y la lógica de expropiación de un capitalismo con connotaciones más parasitarias.

Tanto más si el capitalismo no logra resolver sus atolladeros: creciente incapacidad de convertir el dinero en capital, creciente incapacidad para

²⁰ Entre 1950 y 1970 la mejora de la eficiencia tecnológica en distintos procesos fue del 2-4% anual. En las décadas de los 70 y 80 descendió al 1% anual, y en las dos siguientes ha caído al 0,5% (Fernández Durán y González, 2014: 173). En este sentido, la probable tendencia a la desinversión tecnológica podrá reforzar la tendencia del Capital a la apropiación del conjunto del trabajo que se da fuera de la relación salarial -el que genera y protege la vida, las relaciones humanas, la comunicación y colaboración de los seres humanos entre sí- (Ámbito Amplio de la Explotación y Desposesión), para suplir la caída de la plusvalía generada en el trabajo que produce mercancías (Ámbito Estricto de la Explotación).

asalariar la población mundial, crecientes límites ecológicos (tanto de recursos como aún más probablemente, de sumideros), creciente ingobernabilidad global, creciente contradicción entre valorización y realización, entre otros serios límites (Piqueras, 2015).

Si, entonces, las tres categorías fundamentales del capitalismo, el *trabajo*, el *valor* y el *capital*, entran en crisis prolongada, la dialéctica del antagonismo Capital / Trabajo también adquiere otras aristas y vertientes.

4. Un momento decisivo para las fuerzas del Trabajo

Estamos, entonces, ante la conjunción de varios procesos ambivalentes y también contradictorios.

Veamos. Con las tecnologías de la computarización, de la informática y la microelectrónica (que son las que a menudo se apuntan como “cognitivas”), se tiende a difuminar la discontinuidad entre el tiempo de trabajo y el tiempo de vida, a perder las fronteras entre lo laboral y lo doméstico, entre tiempo público y privado de los trabajadores, porque este último es invadido por los dispositivos de comunicación; que son a la vez de vigilancia, de control y de trabajo. Con tales dispositivos “el tiempo se percibe socialmente como algo que debe llenarse hasta los últimos resquicios, eliminando así los aspectos positivos del tiempo perdido” (Rheingold, 2004:219). Son, por tanto, congruentes con el tipo de *biocapitalismo* que subyace al actual régimen de acumulación, el cual trata de extraer valor del conjunto del hacer y de la vida de los seres humanos. La explotación de la totalidad de la vida humana tiene su contrapartida en la permanente disponibilidad y adaptabilidad de los individuos a la explotación bajo cualquier forma de empleo y más allá del empleo.

Pero, a su vez, la potencialidad de todo ello es que los propios individuos se ven también forzados a *hacer en común*. Esto es, a dejar de ser tan “individuales”.

Es decir, que por un lado se desenvuelve la fragmentación e individuación “asocial” y “apolítica”; mientras que por otro se suscitan como procesos no queridos, “emergentes”, nuevas vías y formas de “cooperación” para garantizar el Común, los Comunes. Éstas son resultado, pues, de las nuevas formas de explotación de lo social y de la creciente dejación del Estado.

Se trataría, a la postre, de un choque entre las tendencias al empotramiento del capital variable en el capital fijo, que corresponderían al supuesto avance del “capitalismo cognitivo”, y las condiciones objetivas de desligamiento del capital variable respecto a su fijación al ámbito del capital fijo, al que aquél conduce igualmente, al expandir la explotación a todo el conjunto de la Vida. La primera tendencia conlleva una nueva dimensión de las relaciones laborales proclives a la privatización, con una

nueva gestión de la fuerza de trabajo que prioriza el autodisciplinamiento y la “empleabilidad” (sustituyéndose el “derecho al empleo” por la propia gestión de la supervivencia), y una nueva forma de consumo de la fuerza de trabajo que pivota cada vez más en torno a la sobre-explotación y la autoexplotación (“autónomos”, “emprendedores”...) ²¹.

La segunda tendencia conduciría a un *biotrabajo* de los seres humanos en sociedad, que si bien puede formar parte de la ampliación del espectro de la explotación fuera de la estricta clásica esfera de la producción, también podría generar nuevas subjetividades y, más aún, albergar mayores posibilidades de una “desubjetivación” de la relación capitalista y de su ley del valor.

Por su parte, la composición política del Trabajo se ve cogida también entre dos tendencias aparentemente contradictorias pero a la postre complementarias, la del desarrollo “cognitivo” en ciertos núcleos socio-productivos y ámbitos del capital, y la del aumento de la plusvalía absoluta o descualificación de amplias masas de población proletarizada, que se compagina con la expulsión de la relación salarial y el entorpecimiento de la incorporación a la formación-educación de crecientes sectores sociales.

En cualquier caso, los procesos de pauperización generalizados de la fuerza de trabajo, de prevaleciente explotación absoluta de la misma, tanto como de vinculación precaria u ocasional a la relación salarial, marcarán de nuevo las composiciones técnica y política del Trabajo, siendo proclives a traer la recuperación de formas políticas precedentes, de masas, y también la consiguiente puesta al día de vanguardismos. Unas y otras podrían combinarse con los sujetos y formas tendentes a surgir en el Ámbito Amplio de la Explotación y Desposesión, provenientes de los sectores de población “desenganchados” de la relación salarial, precariado, trabajo impago, etc. Pues de las luchas contra la Desposesión, por la conservación o (re-)Apropiación de la Vida y los procesos y fuentes que la hacen posible y preservan, surgen formas políticas comunitarias, movimientos, que tendrán que aprehender una noción biopolítica de lo común, la cual resalta el carácter *biocéntrico* de cualquier proyecto emancipatorio:

biocéntrico por estar centrado en la *Vida*, en el más amplio sentido de la palabra (no sólo vida humana), sin por esto borrar al ser humano. Esta idea invita a preguntarse, ¿dónde está la riqueza?, ¿dónde está la energía?, ¿dónde se produce el valor? (Teran, 2015).

²¹ Esta nueva “fase orgiástica de la explotación” genera paradójicamente un gran desaprovechamiento o desestimación de seres humanos (“sobrantes”) (Bauman, 2005) allá donde más se han desarrollado formas de financiarización y softwerización de la acumulación; combinándose con una precarización y ultraexplotación de la mayor parte del trabajo en el mundo. Con ello, y en contra de lo predicado tan a menudo, podemos estar asistiendo a los comienzos de un descenso en la composición técnica del Trabajo. Esto afectará de nuevo a su composición política.

Esas luchas albergan, como digo, mayores posibilidades de intersectarse con las del Ámbito Estricto de la Explotación en cuanto que éste se solapa más y más con el de la Desposesión. Aumentan también, así, las posibilidades de levantar formas soberanistas, tanto como de reactualizar, por ejemplo, formas consejistas de organización socio-política.

Tendrá un papel importante en todos estos procesos la propia inclinación política de la “fuerza de trabajo cognitiva”, la más cualificada²²; su aproximación o no al resto del Trabajo.

Puede ayudar favorablemente a ello la implosión de la que fue llamada “nueva economía”, que precarizó substancialmente también a aquella fuerza de trabajo cognitiva. Hoy, buena parte de ella convertida en “cognitariado” también asaz vulnerable a los movimientos del capital.

Bibliografía citada

- Alonso, Luis Enrique. (1999). Trabajo y ciudadanía. Estudios sobre la crisis de la sociedad salarial. Trotta. Madrid.
- Bauman, Zygmunt. (2005). Vidas desperdiciadas. Paidós. Barcelona.
- Bellamy Foster, John; McChesney, Robert W. y Jonna, R. Jamil. (2011). “The Global Reserve Army of Labor and the New Imperialism”, en Review of the Monthly Review, Vol. 63, nº 6.
- Bidet, Jacquets y Duménil, Gérard. (2007). Altermarxismo. Otro marxismo para otro mundo. El Viejo Topo. Barcelona.
- Bilbao, Anrés. (2000). «Modelo laboral, organización de las relaciones laborales y consenso», en VV.AA. Precariedad laboral, flexibilidad y desregulación. Germania. Alzira.
- Bologna, Sergio. (2006). Crisis de la clase media y postfordismo. Akal. Madrid.
- Castel, Robert. (1997). La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado. Paidós. Barcelona.
- Domènech, Xavier. (2014). Hegemonías. Crisis, movimientos de resistencia y procesos políticos (2010-2013). Akal. Madrid.
- Eley, Geoff. (2003). Historia de la izquierda en Europa 1850-2000. Crítica. Barcelona.
- Fernández Durán, Ramón y González, Luis. (2014). En la espiral de la energía, 2 vols. Libros en acción. Baladre. Madrid.
- Fumagalli, Andrea. (2010). Bioeconomía y capitalismo cognitivo. Traficantes de Sueños. Madrid.
- Goldmann, Lucien. (1962). Investigaciones dialécticas. Universidad Central de Venezuela. Caracas.
- Hartley, Daniel. (2015). “Anthropocene or Capitalocene? On World-Ecology and the Problem of Culture”. Borrador.
- Hossein-Zadeh, Ismael. (2015). “Keynes ha muerto. Larga vida a Marx”, en <http://www.argenpress.info/2015/03/keynes-ha-muerto-larga-vida-marx.html>

²² Bologna (2006) hace un buen repaso analítico y crítico de la composición de esa fuerza de trabajo. Habría que señalar en general una deriva de la misma desde su condición de “intelectuales” (que podrían ser ganados para las batallas de la emancipación social), a la de “tecnócratas” (decantados claramente del lado del capital), y hoy a la de “cognitariado” (su situación ambigua e inestable les devuelve al terreno de las luchas sociales).

- www.argenpress.info/2015/03/keynes-ha-muerto-larga-vida-marx.html
- Kidron, Michael. (2002). «Failing growth and rampant costs: two ghosts in the machine of modern capitalism», en <https://www.marxists.org/archive/kidron/works/2002/xx/ghosts.htm>
- Lohmann, Larry, y Hildyard, Nicholas. (2014). “Energy, Work and Finance”, en <http://www.thecornerhouse.org.uk/sites/thecornerhouse.org.uk/files/EnergyWorkFinance%20%282.57MB%29.pdf>. The Corner House.
- López, Isidro y Rodríguez, Emmanuel. (2010). Financiarización, territorio y sociedad de propietarios en la onda larga del capitalismo hispano (1959-2010). Traficantes de Sueños. Madrid.
- Lucarelli, Stefano. (2009). «La financiarización como forma de biopoder», en *Andrea Fumagalli; Stefano Lucarelli; Christian Marazzi; Antoni Negri y Carlo Vercellone* (2009). La gran crisis de la economía global. Mercados financieros, luchas sociales y nuevos escenarios políticos. Traficantes de Sueños. Madrid.
- Marazzi, Christian. (2009). «La violencia del capitalismo financiero», en A. Fumagalli; S. Lucarelli; Ch. Marazzi; A. Negri y C. Vercellone. La gran crisis de la economía global. Mercados financieros, luchas sociales y nuevos escenarios políticos. Traficantes de Sueños. Madrid.
- Midnight Notes Collective (2009). “Promissory Notes. From Crisis to Commons”, en <http://www.midnightnotes.org/Promissory%20Notes.pdf>
- Mies, Maria (1986). Patriarchy and Accumulation on a World Scale. Zed Books. Londres.
- Moore, Jason W. (2014). «The Capitalocene. Part I: On the Nature & Origins of Our Ecological Crisis», en http://www.jasonwmoore.com/uploads/The_Capitalocene_Part_I_June_2014.pdf
- OIT (2012). “Informe sobre el trabajo en el mundo”, en http://www.ilo.org/public/spanish/bureau/inst/download/world08_s.pdf
- Piqueras, Andrés (2003). Movimientos sociales y capitalismo. Historia de una mutua influencia. Germania. Alzira.
- Piqueras, Andrés (2011). «Significado de las migraciones internacionales de fuerza de trabajo en el capitalismo histórico. Una perspectiva marxista», en A. Piqueras y W. Dierckxens (eds.), El colapso de la globalización. La humanidad frente a la gran transición. El Viejo Topo. Barcelona.
- Piqueras, Andrés (2014). La opción reformista: entre el despotismo y la revolución. Una explicación del capitalismo histórico a través de las luchas de clase. An-thropos. Barcelona
- Piqueras, Andrés (2015). Capitalismo mutante. Crisis y lucha social en un sistema en degeneración. Icaria. Barcelona.
- Polanyi, Karl (1989). La Gran transformación: crítica del liberalismo económico. La Piqueta. Madrid.
- Rheingold, Howard (2004). Multitudes inteligentes. La próxima revolución social. Gedisa. Barcelona.
- Rudé, George (1971). La multitud en la historia. Siglo XXI. Buenos Aires.
- Saphiro, Stephen (2014). «From Capitalist to Communist Abstraction», en *Textual Practice*, Volume 28, nº 7, pp. 1249-1271.
- Teran, Emiliano (2015). “Energía, caos sistémico y producción de lo común. El sentido comunal de la crítica al extractivismo”, en <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=199073>
- Thompson, Edward P. (1979). Tradición, revuelta y conciencia de clase. Crítica. Barcelona.